

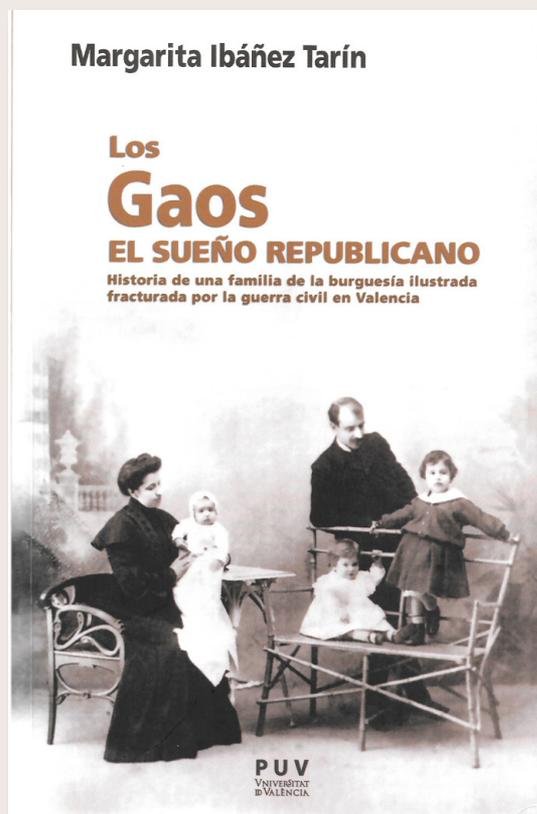
Divagaciones en torno a un libro singular

Historia de la familia Gaos

Margarita Ibáñez Tarín, *Los Gaos. El sueño republicano. Historia de una familia de la burguesía ilustrada fracturada por la Guerra Civil en Valencia. Prólogo de Manuel Aznar Soler. Valencia, PUV, 2020*

Me apresuro a declarar que estamos ante un libro necesario y aleccionador para el conocimiento tanto de la familia Gaos como de la vida intelectual valenciana e hispánica en la que sus miembros participaron activamente a partir de los años 1930. Un libro que ya reclamaba Francisco Umbral hace casi cuarenta años, plasmado en un exigente trabajo que ha contado con una ayuda de la Fundación Max Aub, obra de la historiadora chestana Margarita Ibáñez Tarín cuya experiencia probada en la investigación se ha venido centrando en el profesorado de la segunda enseñanza durante la guerra civil y en los años represivos de la posguerra¹.

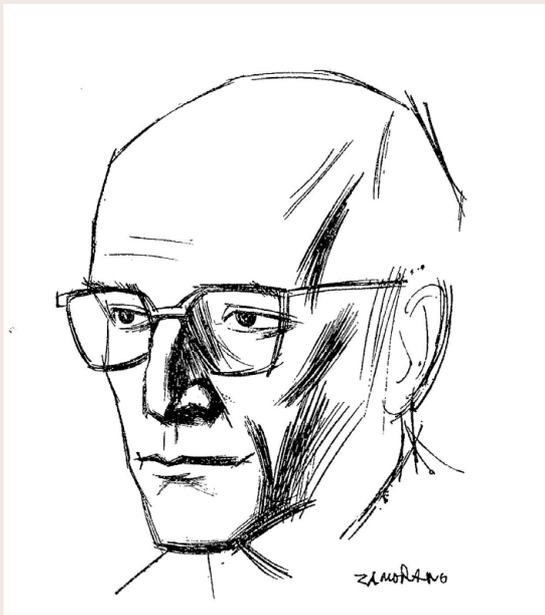
No me propongo resumir aquí las muy complejas vicisitudes de la familia Gaos, destrozada en su conjunto por los efectos de aquella guerra porque, de hacerlo, esta reseña sería demasiado extensa. Me remito al prólogo de Manuel Aznar Soler que se ha



Los Gaos, cubierta

esforzado en intentar la inalcanzable síntesis del relato biográfico entrettejido con las divergentes trayectorias de sus miembros, escindidos en sus particulares 'exilios', dentro y fuera de España: el exilio, deno-

¹ *Mujeres y antifascistas, doblemente perdedoras (1922-1950). Adela Gil Crespo y otras profesoras de Segunda Enseñanza en Portugal, Italia y España en perspectiva comparada.* Almería Diputación. Instituto de Estudios Almerienses, 2018.— *Los profesores de Segunda Enseñanza en la Guerra Civil. Republicanos, franquistas y en la «zona gris» en el País Valenciano (1936-1950).* Valencia, PUV. 2019.



Vicente Gaos por Ricardo Zamorano

minador común que afectó en mayor o menor medida a casi todos los Gaos, incluido el cabeza de familia. Por ello, me limitaré a formular algunas observaciones apresuradas que quizás no pasen de obviedades, para no perder el tren del cierre de este número de nuestro *Anuario*, cosa que nos obligaría a postergar *ad calendas graecas* nuestra referencia a este libro cautivador, tanto por la rareza que supone el género de las biografías colectivas en nuestro país como por las interrogantes que una investigación a pie de obra, es decir viva y palpitante, deja siempre pendientes de cerrar.

Construir una biografía familiar desde una perspectiva historiográfica objetiva

presenta dificultades de ensamblaje entre lo público y lo privado, además de la conveniencia de documentar selectivamente, en paralelo, los factores más relevantes del contexto histórico en que se desenvuelven los distintos miembros del conjunto. Para buscar el deseable equilibrio, el historiador-biógrafo dispone de tres rangos de fuentes: por un lado, los testimonios subjetivos de los biografiados (obra literaria, diarios íntimos, epistolarios, memorias, artículos de prensa...), por otro, su trayectoria social e institucional documentada en archivos históricos y, por último, las opiniones que sobre ellos han ido aportando amigos, colegas o correligionarios (en este caso, los hermanos Renau, Max Aub, Gonçal Castelló, Gil-Albert, Carlos Llorens Castillo, el Padre Mindán, Fernando Dicenta de Vera, Francisco Umbral, entre otros). La amalgama de estas aportaciones ofrecen una visión perspectivista, pero desigual en los datos resultantes de la conducta y movimientos ideológicos de los miembros de una familia tan numerosa como la de los Gaos, homogéneos en su inconformismo personal pero singulares y dispares en el modo de manifestarlo social e intelectualmente. Pesó sobre ellos la heterogeneidad y la dispersión, pero conservaron la fidelidad a un tronco común y unas comunes convicciones éticas que correspondían a los ideales y a la moral social propiciada por la 2ª República española. Entre estos rangos de datos pueden surgir contradicciones o paradojas que es preciso ahormar a lo lar-



go del relato, sin renunciar a las hipótesis cuando faltan las evidencias documentales. En este punto es donde la habilidad del biógrafo ha de manifestarse con pleno dominio y puede decirse que Margarita Ibáñez Tarín no ha errado el camino.

Buena muestra de su atenta verificación de fuentes memoriales cuando afectan a testimonios externos es la oportuna y rigurosa rectificación, acudiendo a fuentes varias, de algunas contradicciones en la memoria de Max Aub a propósito de José Gaos a quien el novelista en su borrador de *Cuerpos presentes* (1944-1970) situaba en Madrid el 24 de julio de 1936, cuando en realidad estaba en Santander como encargado de los cursos de verano de la Universidad Internacional (pp. 130-131). En cambio no ocurre lo mismo con un lapsus –ciertamente, de menor calibre– en los recuerdos de Alejandro Gaos sobre Pío Baroja (1956) donde se transcribe sin rectificación que este «había ejercido temporalmente la carrera de médico en Burjassot» (p. 85), cuando en realidad residió con su familia en dicha localidad apenas unos meses en 1895, después de haber vivido cuatro años en la capital valenciana, donde murió su hermano Darío y obtuvo el título de médico sin ejercer la profesión. Por otra parte, no faltan aportaciones de fuentes orales, familiares o amistosas, entre las que destaca una anécdota transmitida por César Simón a José Carlos Rovira sobre Gil-Albert y Alejandro Gaos –que sufrió la pesadilla de sentirse chivo expiatorio de los cargos

políticos que se atribuían a sus hermanos y amigos– según la cual un grupo de falangistas, lo detuvo pistola en mano acusándolo de ser el autor del *Romance del Cuartel de Caballería*, obra –como es bien sabido– del escritor alcoyano (pp. 221-222).

La oscilación entre lo «posible» o lo «probable» con el fin de alumbrar zonas oscuras de la personalidad o de sugerir intenciones y decepciones íntimas no formuladas explícitamente por los biografados ni conservados en la memoria de sus descendientes, es un recurso lícito que la autora no rehúye. Véase al respecto la p. 103 donde, a propósito de la intervención notarial de José Gaos Bera –el padre–, en la incautación gubernamental del colegio de los jesuitas en Valencia, se juega con la posibilidad de que constituyera un hecho clave en su vida, por la intención de la Falange valenciana –según un impreciso dato contenido en las *Memorias* de Castillo Quijada– de que por dicho motivo hubiera podido estar incluido en la lista de primeros izquierdistas represaliados de haber triunfado la sublevación del 17 de julio en esta ciudad (pp. 102 y 203). En suma, unos indicios verosímiles, sin evidencia fehaciente apoyados en datos de desigual fiabilidad, determinan la admisión de lo probable que, si es arriesgada para la objetividad del historiador, para el biógrafo constituye una de sus lícitas licencias si aspira a traspasar la corteza exterior de sus «personajes».

Por lo relativo al contexto, el manejo actualizado de la documentación bibliográfica

verbial en tertulias izquierdistas de la posguerra valenciana durante mucho tiempo: el notario liberal intransigente, «anticlerical y antimilitarista», no obstante, a fuer de liberal al viejo estilo, respetuoso con las creencias de su esposa y resignado a la educación jesuítica de los hijos.

La vida conjunta de los Gaos se extiende en un largo periodo histórico cuyos precedentes se remonta al lejano origen gallego del padre, nacido con la Restauración, y se cierra con la muerte de Lola en 1993, aunque la saga aún perviva en tercer y cuarto grado, sin perder conciencia de la alegórica significación histórica de una familia representativa del desvanecimiento del «sueño republicano» de 1931. Hay familias endocéntricas que tienden a la homogeneidad interna, sin apenas dejar grietas, y familias excéntricas, marcadas por una diversidad que les presta por igual atractivo y fragilidad. Homogeneidad interna o disgregación aniquiladora, un dilema que devino paradigmático ante la catástrofe nacional y social de la guerra civil española. Esto sin contar las familias segregadas por las circunstancias, si recordamos el triste caso de los Machado. En este aspecto, quizás resulte provechoso poner en relación el libro que reseñamos con alguno de los escasos testimonios bibliográficos de similar naturaleza producidos en el último medio siglo en nuestro ámbito cultural: pienso en Julio Caro (*Los Baroja. Memorias familiares*, Taurus 1972) o en Miguel Dalmau (*Los Goytisolo*, 1999). Podría añadirse el


GAOS GONZALEZ-POLA (Vicente)

CAT. DE INGLÉS. PUERTOLLANO.

Nació en Valencia el 27-3-1919.—*Incorporación al Cuerpo de Catedráticos*: 1-1-1960.—*Destinos*: Instituto de Puertollano.—*Otros títulos*: Licenciado en Filosofía y Letras (Filología Clásica). Doctor en Filosofía y Letras (Universidad de México).—*Publicaciones*: «La Poética de Campoamor» (Ed. Gredos, Madrid, 1955), «Poesía y técnica poéticas» (Editora Nacional, Madrid, 1956), «Temas y problemas de literatura española» (Ediciones Guadarrama, Madrid, 1959). Traducciones de C. Péguy, J.-A. Rim-

baud, P. B. Shelley, T. S. Elliot, B. Pasternak, etc. «Poesías completas» (Ediciones Giner, Madrid, 1959). Etc.—*Domicilio*: Hotel Castilla. Puertollano. Tel. 7.

Vicente Gaos, en el Prontuario del Profesor, 1960-1961.

desquiciamiento de los Panero, difundido por el cine, que Umbral mencionó superficialmente como referencia en su articulillo «Los Gaos» de la serie «Spleen de Madrid» (*El País*, 12-6-1983), transcrito en parte por Margarita Ibáñez (p. 229), pero la relación habría de establecerse por antítesis, dada la opuesta situación de vencidos/vencedores desde 1939.

Grosso modo, entre las tres familias citadas con mayor similitud social e inconformismo intelectual, se observa una cierta continuidad a lo largo del siglo XX, que produce la impresión de sucesivos relevos históricos en la proyección colectiva de sus respectivos núcleos biográficos, aunque sus individuos coexistan azarosamente más allá de sus tiempos, de su apogeo temporal: los Baroja viven fatigosamente, en la frontera del pesimismo, el largo alborar de la modernización española en el primer tercio de siglo; la juventud de los Gaos estalla en el periodo prometedor y libre de la segunda República, destinada a una sanguinaria frustración; los Goytisolo, heridos en su

origen por la tragedia de la madre muerta en un bombardeo fascista, afianzan sus conciencias libres y disidentes en la posguerra y la desarrollan en la segunda mitad del siglo. Pero ni Caro Baroja en su extraordinario libro conmemorativo de su vida familiar, ni Dalmau en su biografía barcelonesa concebida de modo más novelesco, sin regular sujeción a fuentes escritas, se vieron forzados a hacer frente a las dificultades planteadas por la dispersión documental y por los erráticos movimientos de los Gaos, como le ha ocurrido a Margarita Ibáñez.

A los Baroja la guerra civil los dañó, pero fortaleció por reacción los estrechos lazos que los cohesionaban para sobrevivir ambiguamente, disconformes con la arbitrariedad tiránica, intentando desentenderse afincados en la marginación y en sus rarezas, sin ocultar un digno desdén hacia los nuevos mandatarios pero sin romper amarras con algunos sectores del régimen nacionalista, que permitió a los más jóvenes –Julio y Pío Caro–, entre la innovación etnográfica y cierto espíritu aventurero, continuar proyectando su actividad intelectual y su memoria familiar en la cultura española. En cambio el corrosivo tributo que hubieron de pagar los Gaos por idéntica causa fue la dispersión destructiva, el exilio que en mayor o menor medida les afectó a todos, el ostracismo, la expresión discordante y arriesgada, la palinodia a veces, la disidencia creativa en diversos tonos. La decepción ideológica de unos y de otros podría arrojar algún paralelismo más que

anecdótico: si la confianza en la República de Ricardo Baroja se desvaneció al perder un ojo en un accidente automovilístico en acción de propaganda republicana y sentir la indiferencia de sus correligionarios ante su desgracia, Ángel Gaos perdió la fe en el comunismo al sentirse abandonado por sus camaradas en el puerto de Alicante, en marzo de 1939. ¿Debilidades que ponen a prueba la fragilidad del ánimo y los límites de la perseverancia de las convicciones en circunstancias imprevistas? No obstante, de hecho –y perdónese me la generalización– familias estructuradas sobre el pesimismo activo y la cautela escéptica resistieron las consecuencias de la catástrofe española mejor que las entregadas al optimismo desatado por la esperanzada ilusión en el mundo libre y socialmente perfectible que prometía la 2ª República.

Algo habría que decir de las devociones y relaciones literarias de los Gaos que se manifiestan particularmente en los dos hermanos poetas, Alejandro y Vicente, ambos catedráticos de Instituto en la España silenciada. Valle-Inclán, Pío Baroja... y otros que se consignan en la p. 222: Aleixandre, Dámaso Alonso, Gerardo Diego... Pero ¿y Antonio Machado...? Parece que el travieso duende que persigue a los investigadores haya extraviado en esta fascinante biografía colectiva la referencia a las emotivas páginas que Vicente escribió recordando sus encuentros con el poeta sevillano durante la guerra, en Rocafort y en Barcelona, publicadas no sin audacia, dada la fecha (6-



1-1945), en el semanario *El Español*. La Redacción de *Laberintos* cree oportuno rescatarlas como apéndice a esta reseña, aprovechando el cauce abierto por el libro de Margarita Ibáñez, como anticipo del homenaje que debemos a la familia Gaos.

Este roto *Sueño republicano* evocado con tanto empeño por Margarita Ibáñez, sueño de los Gaos y de tantos compañeros de generación que quisieron ser ciudadanos de una España imposible, inyecta nueva savia al conocimiento de la cultura española de los años 1930, en cuyos debates filosóficos, políticos e ideológicos intervinieron, sobre todo, José y Ángel sin olvidar la eminencia poética de Vicente en la primera posguerra, debatiéndose entre la memoria y el olvido pero sobreponiéndose a «la nostalgia y a la desilusión»: *Detrás de la nada vuelve a surgir la vida...* Estamos ante un libro que debería suscitar la reflexión sobre las variables históricas de la función intelectual en el ámbito liberal pequeñoburgués –o de la «burguesía ilustrada» como prefiere la autora. Abierto queda en espera de ir llenando y equilibrando las desigualdades en la documentación de unos y otros hermanos con nuevas fuentes, o con la reinterpretación de las ya conocidas. El impulso investigador, reconstructor y, por añadidura, didáctico de Margarita Ibáñez ha compuesto el fresco sustancial, soporte de esta historia, que era lo más difícil. Ahora resta aguardar a eventuales adiciones y matizaciones que, previsiblemente, irán surgiendo a su reclamo para mejor conocimiento de

tan extraordinaria familia y de un tiempo que todavía nos concierne.

CECILIO ALONSO

APÉNDICE. Vicente Gaos, «Recuerdo de Antonio Machado. El recuerdo de las horas inolvidables»

Conocí a Antonio Machado en Valencia. En 1937. Yo vivía en esa ciudad, que es mi ciudad natal, y Machado había llegado a ella desde Madrid.

Tenía yo muy pocos años, el Bachillerato terminado en 1935 y el alentar poético recién desvelado.

Con esa pedantería y esa osada ignorancia que son casi siempre el estigma de toda adolescencia agitada, me permitía afirmar yo que Antonio Machado era un mal poeta. Así, tajantemente. Mis opiniones todas venían en aquella época teñidas por el peor snobismo. Pero poco después, ya más curado de esto, leí de nuevo a Machado y me rendí –sumisa y devotamente– ante una evidencia tan luminosa que apenas podía comprender mi anterior ceguera.

Y en esta situación de mi ánimo, con el fervor por la figura poética y humana de don Antonio en su apogeo, llegó a Valencia, y quise conocerle.

Semejante desprecio, al primer contacto, lo tuve también para don Miguel de Unamuno. Y, de igual modo, una relectura (tal vez mejor, una primera lectura, en serio)

me trajo al descubrimiento de una luz cuyo resplandor me sigue aún deslumbrando.

La adolescencia es la hora de las más impías e ingratas negaciones. Es la época en que se cree de buena fe (lo que no impide ser snob de otro lado) que el último verso que uno ha escrito, y que es, con irremediable seguridad, gemelo del último, precisamente, que ha leído, echa por tierra siglos eternos de poesía. Mis dieciséis años, por ejemplo, no han conocido desprecio igual para figuras de significación tan ingente.

Gracias a Dios, no permanecí demasiado en esa postura. La insaciable sed de saber, la lectura continua y apasionada, el sincerísimo entusiasmo interior que me acercaba a la belleza con irrefrenable arrebató, me dieron pronto la sencillez y la humildad – primer bagaje de madurez– en el juicio sobre el valor ajeno y el propio.

Hoy, los «dos muertos queridos» de *Oscura noticia* son también para mí, al mismo tiempo, los dos muertos más queridos y las dos devociones más vivas de nuestra literatura contemporánea.

A principios de 1937 veía yo con frecuencia a un amigo conocido años antes y que hoy es catedrático de Instituto y fino escritor: Rafael Ferreres. Fue idea de Ferreres y mía hacer una visita a Antonio Machado.

Nos enteramos de que habitaba en un chalet de Rocafort, que un tren eléctrico enlaza, en pocos minutos, con Valencia.

Y hacia Rocafort nos dirigimos Ferreres y yo en una incomparable mañana de enero, soleada y cálida: una de esas mañanas mediterráneas que el Levante español ofrece con tan generosa frecuencia, y que son un verdadero regalo para los sentidos. ¡Qué lejos Soria!

Íbamos los dos con sendos ejemplares de las *Poesías completas*, aguardando con impaciencia la dedicatoria². Recitábamos de memoria verso tras verso, en ejemplar comunión de entusiasmo. Nos sentíamos sencillamente, sinceramente emocionados. Y nos preguntábamos si don Antonio nos recibiría y cuál sería su acogida.

No tardamos nada en saberlo. El chalet «Villa Amparo», muy próximo a la estación del pueblo, estaba ya ante nuestros ojos.

Me sería difícil relatar la primera impresión de este encuentro. Desde luego la sensación inmediata fue la de encontrar a don Antonio mucho más viejo de lo que yo suponía, juzgando por dibujos y retratos recientes. Andaba encorvado y arrastrando los pies. El aliño de su persona era exactamente «el torpe aliño indumentario» con que él mismo se ha descrito. Véase en todo al hombre descuidado de sí mismo. Su

² Rafael Ferreres recordó esta visita a Antonio Machado en Rocafort, con Vicente Gaos en su artículo «Antonio Machado en Valencia», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 304-307, 1976 (Homenaje a Antonio Machado), pp. 374-385.



cansancio y su agotamiento trascendían en el vacilante pulso con que firmó nuestros libros. Recuerdo que, para escribir, se puso unas gafas, mientras nos explicaba que ya no tenía vista suficiente para trabajar sin ellas. Mi dedicatoria decía estas textuales palabras: «A Vicente Gaos y González-Pola, afectuosamente, su hoy amigo Antonio Machado.»

Hablamos largo tiempo y de mil cosas. De su hermano Manuel –por quien manifestó gran devoción–, de Unamuno, de poesía, de recuerdos personales suyos, de su manera de escribir.

Yo estaba un poco asombrado por tanta deferencia, sintiéndome tan insignificante y tan joven. Esperaba más bien que, al recibirnos, lo hubiera hecho con brevedad y que, tras una conversación banal y una simple firma en el libro, estuviéramos de regreso. Nada resultó así. A pesar de su visible cansancio, don Antonio nos despidió hasta la puerta y aún continuó acodado en la baranda de la escalera, haciendo de vez en cuando gestos de adiós con la mano, hasta que mi amigo y yo nos perdimos de vista.

Ahora trazo estas líneas –sin ninguna pretensión literaria– elaborando sobre el recuerdo. La impresión más directa quedó reflejada en un poema mío escrito días después, y que hubiera reproducido con gusto, pues si su valor poético es nulo o casi nulo, valía, en cambio, como expresión de la sacudida que en un muchacho muy joven, que por entonces comenzaba a sentir entrañablemente el tiránico llama-

miento de la poesía, y que lleva siéndole fiel sin tregua, produjo el encuentro con la primera figura entre todos los poetas vivos en España. No he vuelto a encontrar ese poema entre mis papeles antiguos, y ahora, después de casi ocho años, no lo recuerdo bien de memoria.

En el transcurso de la conversación, don Antonio lio un cigarrillo. Con tal motivo hablamos de las restricciones de entonces y supimos que don Antonio –impenitente fumador– no andaba muy sobrado de tabaco. El detalle no es tan nimio. Pero, además, fue como un pretexto para nuevas visitas. Y se sabía: cuando yo había logrado reunir algunos paquetes, un viaje mío a Rocafort era el corolario. Ferreres hizo también lo mismo, por su parte. No puedo remediar un sentimiento de tristeza cada vez que recuerdo al viejo poeta fumando las hierbas del jardín.

De esta manera llegué a visitarle varias veces.

Y cada visita eran casi diez horas de conversación. Ya en primavera, le vi una vez y estuve a solas con él en el gran salón oscuro de la primera entrevista. Recuerdo que iba a dedicarme un libro. Anduvo rebuscándose las gafas por los bolsillos, y como no las encontrara, llamó a sus familiares y les dijo que mirasen por su despacho. Al final resultó que las tenía metidas por los pliegues interiores de la camisa. Su descuido era tan tremendo y tan espontáneo, que don Antonio se parecía más al tipo clásico de sabio distraído que a un poeta.

Y un poeta –el primer poeta español de su tiempo– era el hombre que yo tenía delante. Confieso que me sentía un poco emocionado viéndome a solas con él y hablándole tan largo rato. Instintivamente me consideraba como poeta de una generación que no estaba destinada a conocer personalmente a Machado. Como único poeta de mi edad, tal vez, que andando el tiempo habría estrechado su mano y escuchado tantas cosas suyas de viva voz.

Todos conocemos los accidentes de la existencia de Antonio Machado, y yo le he oído habla de muchos de ellos en mis visitas: su niñez en Sevilla, su juventud de estudiante en Madrid, su estancia en París, su estancia en Soria y el matrimonio, con la muerte de su mujer a los pocos años. Su vida en Baeza, en Segovia y en Madrid...

Lo importante no es esto. Lo importante –lo excepcional, genialmente importante– es que don Antonio en su vida haya sido eminentemente fiel a cuanto ha escrito, o que haya tomado su poesía de la inmediata fuente de la vida. Así logró ser lo que es más difícil ser en el mundo: un hombre como todos, uno más, uno de tantos, siendo único al mismo tiempo. Azorín nos ha dado esta fórmula del más alto arquetipo humano: ser, aparecer como todos. Y ser, sin embargo, distinto, ser uno mismo.

La poesía de Antonio Machado es también así: sencilla, elemental, elaborada con materiales al alcance de cualquier mano, sin selección ni estridencia en el léxico, sin ninguna visión demasiado personal de los

sentimientos humanos desde que el mundo es mundo; tan elemental, tan sencilla, que parece que cualquiera podría hacerla. Y, luego de esto, la poesía más personal, más profunda y más entrañable que se conoce en español desde Bécquer. «Prodigioso mágico de la palabra» ha llamado un escritor a Machado.

Esa magia y ese prodigio son el secreto supremo del arte. El eterno misterio de la poesía, indescifrable hasta para el mismo poeta que se adentra en su seno.

Transida de ese sellado secreto, que el que daba no sé qué jerarquía a cada acto a cada palabra de Antonio Machado, su vida resultaba así igualmente excepcional que su obra.

La última vez que le vi fue en Barcelona. Residía entonces en «Torre Castañer», una espléndida mansión cercana al paseo de San Gervasio. Cuando llegué y me adentré por el vasto arbolado que rodea la finca, me pareció sufrir una decepción. No era aquella «villa» aristocrática y suntuosa residencia adecuada para el hombre íntegro y humilde por el que todos le teníamos.

Don Antonio sólo tenía de la casa unas pocas habitaciones. La finca estaba atestada de familias de evacuados.

Llevaba meses sin verle. Don Antonio se me acercó –más viejo, más triste, más cordial y humano que nunca– y me estrechó la mano. Fue mi postrera entrevista. Permanecí con él largo rato. Conocí en la ocasión aquella a su madre, una viejecita finísima,



muy pequeña, una visión casi, que murió poco después que su hijo.

Don Antonio era ya un hombre acabado. Sería esto por el mes de enero de 1939.

Toda mi relación con el gran poeta fue, pues, en años tremendos para España. En años importantes también para mí: daba yo mis primeros pasos por la poesía, mientras don Antonio Machado se adelantaba, de un gran paso resuelto, hacia la muerte.

El recuerdo de horas y horas pasadas a su lado lo conservo bien vivo, indeleble, imborrable. Es el recuerdo de horas sencillamente inolvidables.»

VICENTE GAOS

Perspectivas femeninas del exilio

José Ramón Saiz Viadero y Patricia Gómez Camus, *Mujeres de Cantabria en el exilio republicano*. Torrelavega, Librucos 2020.

José Ramón Saiz Viadero, veterano relator del exilio republicano, autor del libro *Mujer, República, Guerra Civil y represión en Cantabria*, (Torrelavega, Librucos, 2017), y la historiadora del arte Patricia Gómez Camus, cooperadora necesaria para que una selva documental como la contenida en este volumen llegue a la imprenta con la deseable claridad expositiva, nos ofrecen un libro, que no se explica sin una atención sostenida durante mucho tiempo a los efectos generales del exilio de 1939 y a las particulares repercusiones del mismo sobre la mujer. Quizás el título resulte metódicamente engañoso en la medida en que las vicisitudes descritas fueron inseparables del común destino de toda la ciudadanía cántabra republicana, derrotada y dispersa en septiembre de 1937, sin distinción de sexos. Pero no es inoportuna la intencionada decisión de destacar la perspectiva femenina para compensar el abrumador protagonismo de los varones en los relatos de guerra y política. La metodología no es determinante cuando se trata de dar visibilidad interclasista al conjunto humano femenino, grupo que los